

San Gabriel, acordó de volver a esta Nueva España con deseo de enterrarse con sus compañeros. Mas esto no le concedió nuestro Señor (por ventura en pago y castigo de haber dejado su primera vocación, puesto que lo que él buscaba parecía de más perfección), porque murió en el camino, en la isla de San Germán, adonde quedó enterrado viniendo de vuelta para esta Nueva España.

CAPÍTULO XXII. *En que se prosigue la materia de las misiones y jornadas que hicieron algunos de los doce primeros religiosos de San Francisco*



ENTRE LOS PRELADOS DE ESTA PROVINCIA, el que más cuidado tuvo de enviar ministros, que predicasen el Santo Evangelio por este nuevo mundo fue fray Antonio de Ciudad Rodrigo, que siendo provincial envió frailes por muchas y diversas partes a predicarlo y enseñarlo. En el año de 1537, recién electo en provincial, envió cinco frailes por la costa de el Mar de el Norte, que fueron predicando y enseñando la ley de Dios en las provincias de Huatzaqualco, Tabasco y Xicalanco, hasta llegar a Chanponton (como arriba se dijo, tratando de la provincia de Yucatán), y en esta misión y predicación se detuvieron dos años. En el de 38 envió otros tres frailes en unos navíos de el marqués de el Valle, que fueron a descubrir por la Mar de el Sur y dieron en una tierra que, aunque al principio se sonó que era muy poblada y rica, como desean siempre los españoles que sea, después pareció ser pobre y no muy poblada; y a esta causa la dejaron, y se volvieron, y cuando se descubrió lo de Cíbola se supo cómo aquella tierra iba a confinar con la Florida; y a trechos poblada y fría como la de España.

En el mismo año de 38 envió otros dos frailes por tierra y por la misma costa de el Mar de el Sur, la vuelta hacia el norte por Xalisco y Nueva Galicia. Y yendo estos dos frailes en compañía de un capitán que iba también a descubrir nuevas tierras (aunque con diferentes fines) ya que pasaban la tierra que por aquella parte estaba descubierta, conocida y conquistada, hallaron dos caminos bien abiertos; y el capitán escogió y se fue por el de la mano derecha, que parecía ir a la tierra adentro, declinada al norte. El cual, a muy pocas jornadas, dio en tan ásperas sierras y peñas que no pudiendo ir adelante fue compelido a volver atrás. De los dos frailes el uno cayó enfermo y también se volvió; y el otro, con dos intérpretes que llevaban compañía, tomó el camino de la mano izquierda, que iba hacia la costa, hallándolo abierto y seguido, y a pocas jornadas dio en tierra poblada de gente pobre; la cual salió al fraile teniéndole por cosa celestial y llamándole mensajero del cielo; y así salían a él a tocarle y besarle el hábito, pensando que había caído del cielo.

Estas gentes acompañaban a este religioso de jornada en jornada, dos-

cientas y trescientas personas juntas y a veces más de cuatrocientas. De estos que le acompañaban apartábanse los más de ellos, un poco antes de medio día, e iban a caza de liebres, conejos y venados, de que hay mucha abundancia en aquella tierra; y como ellos se saben dar buena maña en este ejercicio en poco tiempo traían mucha comida, y dando de ella primero al fraile repartían entre sí lo demás que quedaba; y de esta manera anduvo más de doscientas leguas. Y casi en todo este camino tuvo noticia de una tierra muy poblada de gente vestida y que tienen casas de terrado, y no sólo de un alto, sino de muchos altos y sobrados. Y otras gentes decían estar pobladas a las riberas de un grande río, adonde hay muchos pueblos cercados y que ha tiempos tenían guerras los señores de los unos pueblos con los de los otros; y que pasado aquel río estaban otros pueblos mayores y de gente más rica; y que también por aquella tierra había vacas mayores que las de España y otros animales muy diferentes de los de Castilla; y que de aquellos pueblos traían muchas turquesas, las cuales (y lo demás que está dicho) había entre aquella gente pobre, no que en aquellos pueblos se criase, ni en ninguna de sus tierras, sino que lo traían de los otros pueblos grandes adonde iban ha tiempos a trabajar y a ganar la vida, como hacen en España los jornaleros.

En demanda de esta tierra habían ya salido muchas y gruesas armadas por mar, y algunos ejércitos por tierra, y de todos la encubrió Dios, y quiso que un hombre, fraile descalzo, roto y mal remendado, la descubriese primero que otros. Y considérese esta verdad en la jornada que iba haciendo el capitán, que echó a manderecha para encontrarse con sierras inaccesibles, y que le obligaron a volverse; porque muchas veces quiere Dios que estas cosas no consistan, tanto en armas cuanto en confianza de ese mismo Dios que, como señor que es de todas las cosas, las allana las más veces, no tanto con guerra, cuanto con paz, por ser príncipe de ella. Y así fue, que cuando trajo la nueva este religioso a esta provincia de Mexico, al tiempo que la publicó, prometieron los que la gobernaban que no la conquistarían por hierro (como se ha conquistado casi todo lo que de Indias está descubierto), mas guardadas las condiciones y modificaciones que los doctores, teólogos y canonistas determinan; y que así se les predicaría el evangelio, al modo que tuvieron los apóstoles en la primitiva Iglesia, y según debe ser la predicación que se ha de hacer a los gentiles.

Buenas palabras eran éstas, si las obras conformaran con ellas; pero de estos buenos propósitos de nuestros españoles no hay que hacer caso, cuando ya tienen la masa entre las manos; porque entre ellos no hay hombre cuerdo a caballo. Como esta nueva fe derramó y voló brevemente por todas partes, como a cosa ya hallada, muchos, por muchas vías, se aprestaban con intento de ir en esta demanda. Era, a la sazón, provincial de esta provincia del Santo Evangelio, fray Marcos de Nisa, natural de la misma ciudad de Nisa, en el ducado de Saboya, hombre docto y muy religioso; el cual, por certificarse mejor de lo que aquel fraile había publicado, quiso ponerse a todo trabajo, tomando la delantera antes que otros se determinasen y fue con la mayor brevedad que pudo. Y hallando verdadera la

relación y señales que el fraile dio por las comarcas donde había llegado, dio la vuelta a Mexico y confirmó lo que el otro había dicho.

Visto esto por el virrey don Antonio de Mendoza, que a la sazón gobernaba él mismo, en persona, se apercibía para la jornada por más servir a su rey y señor y no permitir que aquellas gentes domésticas y simples fuesen tratadas de los españoles con la crueldad que estotras de las islas de Nueva España y Perú, sino que con ejemplo de toda caridad y humildad se les predicase la ley de Dios y su santo evangelio. Mas no tuvo efecto esta su determinación, porque no convenía privar esta tierra de la presencia de su persona, poniéndose en camino y viaje de tanta y tan larga distancia, cuyo suceso estaba dudoso; y así se lo aconsejaron todos, y a él le pareció sano el consejo. Y por esta causa, envió en su lugar a Francisco Vázquez Coronado, principal caballero y de celo cristiano, acompañado de mucha y muy lucida gente, con grande abundancia de bagaje y todas provisiones y de ganados de todas suertes; y dióle por acompañado al provincial de San Francisco y otros religiosos.

Partió Francisco Vázquez Coronado, con su compañía, de Mexico por el año de 1540; y pasadas las provincias de Chiametla, Culhuacan y Cinaloa, que ya estaban descubiertas, entraron por el valle de Corazones y llegaron a las provincias de Cibola, Tihuix, Quivira y otras muchas, hasta dar en la tierra de la Florida, de donde se volvieron con intento (según publicaban) de volver allá más de propósito. Y la ocasión que tomaron para volverse fue decir que les faltaba el agua, aunque pudo ser la principal ocasión no hallar en todas aquellas tierras otro Mexico como el de la Nueva España; porque ni Francisco Vázquez Coronado, que vivió después de vuelto poco tiempo, ni otro alguno se movió a volver a aquellas partes hasta que al cabo de cuarenta años (en el de 1581) movió Dios el corazón de un fraile viejo, muy devoto y celoso de la salud de las almas, por cierta relación que tuvo de unos indios, morando en el valle que llaman de San Bartolomé, a entrar la tierra adentro en busca de unas grandes poblaciones que por ser tales las llamaban el Nuevo Mexico. Y para esto pidió licencia a sus preladados y dos sacerdotes que llevase consigo, como los llevó, mancebos teólogos de muy buen espíritu; y con doce soldados que les quisieron acompañar partieron en aquella demanda.

Fueron discurriendo hacia la parte del norte y, caminadas ya doscientas y cincuenta leguas, llegaron a una provincia que se llama de los Tihuas. Viendo los soldados que entraban en tierra poblada de cantidad de gente y que ellos eran pocos para resistir a los sucesos que se podían ofrecer en tanta distancia de la vivienda de los españoles y tan lejos del necesario socorro, acordaron de volverse; lo cual pienso no hiciera Fernando Cortés, si en aquella ocasión se viera, porque a los osados o animosos (dijo el otro poeta)<sup>1</sup> ayuda la fortuna.

Los frailes, que los vieron en esta determinación, animáronlos lo más que pudieron a la perseverancia; pero no queriendo los soldados se deter-

<sup>1</sup> Virgil. Aen. 10 et Probin. Claudian. Ovid. Metha. lib. 10.

minaron a proseguir su viaje, confiados de que aquella gente los había recibido amorosamente otras veces y los trataban con humanidad. Y anduvieron otras ciento y cincuenta leguas más, que todas son 400 de Mexico. Vueltos los soldados (que sin duda bastaran para el seguro de los religiosos) dieron noticia de cómo quedaban en aquel riesgo. Y entendiendo los prelados de la orden en poner diligencia de enviar gente, porque aquellos frailes no pereciesen, ofrecióse a ello Antonio Espejo, hombre honrado y rico y deseoso de emplear su hacienda en servicio de Dios y de su rey. Este capitán partió por el mes de noviembre del año siguiente de 82, con buena compañía de soldados y más de cien caballos y muchas armas, municiones y bastimentos y gente de servicio, y con él un fraile de San Francisco, llamado fray Bernardino Beltrán. Pasó por muchas provincias, donde siempre fue recibido de paz (como todo esto se puede ver en las relaciones que andan impresas), y halló que los religiosos habían sido muertos a manos de aquellos infieles, donde quedaron. Llamábanse fray Francisco López y fray Juan de Santa María, los sacerdotes, y el lego fray Agustín Rodríguez, cuyas muertes se pueden ver en el libro de sus vidas. Dio la vuelta para tierra de cristianos y llegó allá por principio de julio del año siguiente de 83. De suerte que con esta ocasión se descubrieron aquellas amplísimas tierras que llaman el Nuevo Mexico, para donde el año de 96, por orden y mandato del rey Felipe Segundo, de este nombre, envió el conde de Monte-Rey, virrey de esta Nueva España, por general de esta empresa a don Juan de Oñate, hijo de Christóbal de Oñate; y fueron con él religiosos de San Francisco, como después se dirá.

Este discurso se ha hecho por decir el origen que tuvo el descubrimiento de aquellas tierras que fue aquel religioso que envió el provincial de esta provincia a descubrir naciones infieles. El cual dio noticia de ellas el año 1538. Y luego el año de 39 entraron otros dos frailes por la parte de Mechoacan, a unas gentes que se llaman teules chichimecas, que ya otras veces habían consentido entrar en sus tierras frailes menores, y los habían recibido de paz y con mucho amor, aunque de los españoles siempre se habían defendido y vedádoles la entrada por ser gente belicosa; y tampoco a los españoles se les daba mucho, viendo el poco interese que podían sacar de ellos; pues poseen poco más que un buen arco con sus flechas, salvo si a los mismos indios pudieran cazar para venderlos por cautivos, que es el trato que en aquellos tiempos usaban; por donde los chichimecas y las demás naciones indianas siempre se han alterado y remontado (que antes de recibir estas malas obras nunca dejaron de recibir y acariciar a los que de nuevo entran en sus tierras).

Pues en esta que ahora digo descubrieron aquellos dos frailes cerca de treinta pueblos pequeños, de hasta cuatrocientas o quinientas personas, los mayores de ellos. Éstos recibieron de muy buena voluntad la doctrina cristiana y trajeron sus hijos al bautismo. Y por tener más paz y disposición de recibir la fe, pidieron libertad de tributo por algunos años y que después lo darían moderado de lo que cogiesen y criasen en sus tierras. Y con esta condición darían la obediencia al rey de Castilla. Lo cual, todo se lo con-

cedió el virrey don Antonio de Mendoza, y así vinieron al gremio de la Iglesia.

De esta manera han hecho después acá los frailes franciscos muchas entradas por las tierras de estos que llaman chichimecas, que ocupan la tierra hacia el poniente y norte, en los contornos del reino de Mexico y de las provincias de Mechoacán y Xalisco y la Huasteca, y son de muchas y muy diferentes lenguas, y andan como venados, sin tener casas ni policía de hombres. Y a muchos de ellos han traído los frailes a la obediencia de la santa madre Iglesia y de nuestros reyes de Castilla, y puéstolos en poblazones ordenados y echóles sus iglesias; y hoy en día hacen las provincias de Xalisco y Zacatecas, aunque no a pocos les ha costado la vida; porque alborotándose por vejaciones de españoles, luego lo pagan los frailes, como (con el favor de Dios) se verá parte de esto en los libros que restan.

CAPÍTULO XXIII. *De algunas cosas tocantes a la conversión de las Islas Filipinas y de su descripción y ministros*



ONSIDERANDO, CON CELO CRISTIANO Y RELIGIOSO, cuán grandes son los frutos que los ministros de el evangelio hacen en los anchísimos y extendidos reinos de Japón y Islas Filipinas, quiero muy en particular (aunque brevemente) dar alguna noticia de las cosas de aquellos reinos y tierras. Lo uno para gloria de nuestro Señor y para poner ánimo a los celosos de la salud de las almas, para que se aparejen y dispongan a ir a tan santa jornada. Y lo otro para destruir la mala opinión en que éstos tan sin razón tienen aquellas tierras; en la cual la han puesto algunas personas amadoras de sí mismas y poco celosas de el bien de las almas, o por no tener sus gustos tan a lo ancho como desean o por no haberse hallado allá con la salud corporal que quisieran, como si aquellos reinos y tierras tuvieran obligación de eternizar y perpetuar para que en ellas nunca haya enfermos o disgustosos; pues en la misma España y en todas las Indias y aun en la Tierra Santa, que Cristo nuestro Señor pisó con sus divinos pies, vemos que también se mueren y se disgustan y enferman los hombres. Y así diré aquí con toda verdad lo que hay, según por relaciones fidedignas que tengo en mi poder, con mucha particularidad se ha sabido. Y comenzando por lo primero que de aquellas provincias se descubrió, que son las Filipinas, diré después de su demarcación y aumento lo que otros con más extensión en otras ocasiones han dicho.

En las Islas Filipinas (como es muy notorio) anda, para gloria de Dios, muy viva la conversión de las almas, y hay en ellas muchos y muy buenos ministros de todas órdenes mendicantes, de padres dominicos, franciscos, agustinos, clérigos y padres de la Compañía de Jesús, y tienen todas religiones sus distritos.

Los padres dominicos tienen convento en la ciudad de Manila, en el cual